

CELCIT. Dramática Latinoamericana 455

TANGO PERDIDO

Mario Diamant (Argentina)

PERSONAJES: M (1) / F (1):
VALERIA DURAND
DIEGO GOLDSTEIN

ACTO PRIMERO

Escena I

Una habitación de un hotel Art-Deco, en Miami Beach, donde Valeria Durand ha estado viviendo en los últimos años. Es un ambiente de buen tamaño, con un gran ventanal que da a la calle. Los muebles son reproducciones de modelos antiguos y piezas Art-Deco. Hay un juego de sillones, una mesa ratona, algunas mesas pequeñas con lámparas, un aparador con una bandeja de bebidas y copas y una cómoda francesa adornada con un exquisito jarrón de porcelana Meissen. Sobre el costado derecho, hacia foro, hay un baúl-armario antiguo, de gran tamaño, de los que se utilizaban para transportar el ajuar completo y una lámpara de pie de estilo Art-Deco. Por todas partes hay fotografías, cajitas y objetos personales de Valeria. De las paredes cuelgan cuadros, mayormente retratos, y un gran afiche sobre bastidor donde se anuncia a Valeria Durand interpretando una de sus películas.

Hay un cuadro, en particular, que domina la sala. Es un retrato de medio cuerpo de Valeria. Se la ve deslumbrante, con un vestido de seda que deja al descubierto sus hombros y una generosa porción de sus pechos.

Las luces se encienden levemente y revelan a Diego en medio de la sala. Hay algo desprolijo en su apariencia. Viste un arrugado traje de corderoy y lleva un moñito al cuello. Trae una bolso, donde guarda su cámara fotográfica, su libreta de apuntes y su grabador. Lleva un ramo de rosas en la mano.

Diego trata iluminar la habitación encendiendo la lámpara de pie, pero la lámpara explota dejando una columna de humo. Nervioso, trata de asegurarse que nadie lo vio y finalmente encuentra el interruptor de las luces. La habitación se ilumina.

Más relajado, Diego se detiene en la contemplación del retrato de Valeria con las manos en los bolsillos del saco. De pronto, uno de los bolsillos se desprende. Diego maldice.

DIEGO
¡Ay, carajo!

*Desconsolado, trata de pegar el bolsillo sin mucho éxito.
Valeria entra silenciosamente y se queda unos instantes a observar a su
visitante. Tiene, obviamente, más años que la mujer del retrato. Lleva un
vestido negro, ceñido y un par de anteojos oscuros que ocultan buena parte
de su rostro, pero no los remanentes de su belleza.)*

VALERIA

(tiene una voz grave y sedosa) Si es a ella a quien busca, mucho me temo que
ha llegado tarde.

Diego se vuelve bruscamente.

DIEGO

(confuso) ¿Cómo?

VALERIA

La del retrato... Esa se ha ido. Yo estoy en su lugar.

DIEGO

(formal) ¡Por favor! ¡No diga eso! ¡Se ve espléndida!

VALERIA

(sonríe levemente. Se acerca, fría) - Gracias. Es muy educado. *(Le tiende la
mano para que se la bese)* Soy Valeria Durand.

DIEGO

(conmovido, le estrecha la mano) Diego Goldstein, de la revista *Siete Días*...
Vengo directamente del aeropuerto... El avión se atrasó. Ni tuve tiempo de
cambiarme... Le agradezco mucho esta oportunidad.

VALERIA

No me lo agradezca, querido. La verdad es que ya estoy media arrepentida...
Odio las entrevistas. Me enferman... ¡Y más ésta, después de tantos años! No
sé bien qué locura me hizo aceptar. Alguna debilidad traidora...

DIEGO

Yo me alegro de que tenga esas debilidades...

VALERIA

(cortante) No diría eso si las conociera mejor. *(Huele algo extraño.)* Parece
que algo se hubiera quemado. ¿No lo siente?

DIEGO

La verdad que no.

Valeria sigue la pista del olor. Se acerca a la lámpara. La huele.

VALERIA

En este hotel son todos tan inútiles que uno de estos días nos van a hacer volar a todos por el aire... *(Como una confidencia.)* Esta ciudad ya no es lo que era. Parece Centroamérica... Y con esa cafetería cubana ahí abajo... ¿No la ha visto? No puedo explicarle mi disgusto... Todas las tardes, a eso de las siete, empiezan con los mambos y las guarachas... Es francamente deprimente... *(Vuelve su atención a la lámpara.)* Es raro, nunca uso esta lámpara...

DIEGO

(le entrega el ramo) Le traje flores.

VALERIA

¡Rosas! ¡Qué maravilla!. *(Las huele y busca un jarrón donde ponerlas.)* Por favor, siéntese.

DIEGO

Gracias.

Diego se sienta sobre el borde del sillón opuesto. Saca su grabador y lo pone sobre la mesa.

VALERIA

Lo imaginaba diferente...

DIEGO

Diferente, ¿cómo?

VALERIA

No sé. *(Lo estudia.)* Más gordo... un poco pelado... Debe ser esa carta que me mandó... Una se hace esas imágenes... Bueno, las cartas suelen ser bastante tramposas. Pero la suya tenía algo... Una vibración, una frecuencia misteriosa... Como un buen karma. ¿Usted cree en esas cosas?

DIEGO

La verdad es que... yo soy más de este mundo.

VALERIA

(ácida) Todos lo somos, querido. La pregunta es: ¿acaso es el único? Porque si lo fuera, ¡qué pobreza!, ¿no?... Tanta vida inútil... Imagínese... Ser plomero... o crítico toda la vida, sin la esperanza de otra oportunidad... *(Repara en el grabador. Inquieta.)* Perdón, pero ¿usted tiene intención de grabar todo esto?

DIEGO

Sí, espero que no le moleste.

VALERIA

Bueno, la verdad es que me molesta. Yo sé que es ridículo, pero debo admitir que tengo una incontrolable aversión por lo grabadores. Espero que lo entienda...

DIEGO

Sí, no se preocupe. (*Diego deja el grabador sobre la mesa. Va hacia su bolso y retira una libreta.*) Perdón si parezco un poco nervioso. Es que tuve un accidente...

VALERIA

(*alarmada*) ¿Un accidente?

DIEGO

Nada serio. Un perro me saltó en el ascensor... Me rompió el bolsillo... (*Se lo muestra.*)

VALERIA

(*incrédula*) ¿Bobby?

DIEGO

Bueno, no sé... No me dijo su nombre. Los animales parecen no tenerme mucha simpatía...

VALERIA

Qué raro, ¿no?

DIEGO

Debo tener algo que los enfurece. A veces hasta resulta medio peligroso... (*Mira alrededor con recelo.*) Espero que no tenga perros en la casa...

VALERIA

No, no tengo perros.

DIEGO

Ni gatos. Los gatos me producen una alergia fatal.

VALERIA

Ni siquiera un canario.

DIEGO

En esta profesión uno nunca sabe con qué cosas se puede encontrar... La gente es muy extraña... Especialmente cuando se trata de gente poderosa... Unos días atrás fui a entrevistar a un empresario, Armand Ferrucci, el zar de los medios... Bueno, no tengo que explicarle quién es Ferrucci. El produjo varias de sus películas, ¿no?

VALERIA

(*fríamente*) Así es.

DIEGO

Entonces sabe a qué me refiero. El tipo tiene canales de televisión, diarios, productoras de cine... Puede lavarle el cerebro a cualquiera. Hacerle creer a la gente lo que se le ocurra. Ahora es candidato a gobernador...

VALERIA

¿Ferrucci es candidato a gobernador?

DIEGO

¿La sorprende?

VALERIA

Nada de lo que haga Ferrucci me sorprende... Pero no tenía la menor idea.

DIEGO

El tipo es una basura, perdóneme la franqueza. Ahora se metió a promover una cruzada moral para erradicar el vicio y restaurar los valores morales... Debe haber visto los diarios...

VALERIA

Yo no leo los diarios, querido. Me parecen muy aburridos.

DIEGO

La oficina de él es dos veces mi departamento, no exagero, con un crucifijo gigante colgado de la pared. Lo cual no me molesta, excepto que el tipo tenía un halcón, ahí mismo, al lado de su escritorio. ¡Un halcón de verdad, con las garras enguantadas! Como si fuera un príncipe medieval, ¿se da cuenta? Yo estaba aterrizado. No se me ocurría cómo empezar con ese pajarraco mirándome fijamente, esperando la orden de destriparme... Hasta podía oír los jugos gástricos moviéndose en el estómago... Así que le pregunto a Ferrucci: ¿Para qué necesita un animalejo así?... ¿Sabe qué me contesta?... Lo dijo él no yo... "Hace que todo el mundo se cague en las patas"... ¿Se da cuenta?

VALERIA

(*se incorpora a su vez*) Bueno, aquí no hay halcones, si eso es lo que lo preocupa. ¿A ver? Déjeme ver ese bolsillo.

Diego trata de ocultarlo.

DIEGO

No se preocupe, no es nada.

VALERIA

(*insiste, estudia el bolsillo*) Está un poco descosido. Yo se lo arreglo.

DIEGO

¡No, por favor! ¡Faltaba más!

VALERIA

(*lo toma del saco, tratando de convencerlo de que se lo quite*) ¿Pero qué tiene de malo? Se lo coso mientras conversamos...

DIEGO

(resistiéndose) ¡No, como va a hacer una cosa así!...

VALERIA

(mientras forcejea) ¿Por qué? ¿Tiene el saco sucio o algo así?

DIEGO

(resistiéndose) No, no es eso. Quiero decir, bueno, por ahí hay alguna que otra manchita... ¡Pero de ninguna manera!...

Forcejean. De pronto, Valeria le arranca la manga.

VALERIA

Oh. Perdón. ¡Qué horror! Mire lo que le he hecho... Se lo arreglo...

DIEGO

(desolado) No, está bien. No se preocupe... El saco no era muy nuevo, de todos modos...

Diego se quita el saco resignadamente. Observa su manga. Al hacerlo, su billetera cae al suelo, abriéndose y exponiendo una fotografía de mujer. Diego recoge la billetera rápidamente, pero no advierte que la foto ha quedado en el suelo. Valeria la observa sin decir nada.

VALERIA

(vuelve a sentarse) ¿Usted vive solo?

Diego se sienta a su vez.

DIEGO

Sí, solo... Soy divorciado.

VALERIA

Me imaginaba. Los hombres casados son una especie en extinción... (Se inclina, recoge la foto.) A propósito, creo que se le cayó esta foto la billetera... (La mira.) ¿Quién es? ¿Su ex esposa?

Diego se sonroja. Trata de recuperarla. Valeria no la suelta.

DIEGO

No, es mi madre.

VALERIA

¿De veras? (Admira la fotografía.) ¡Qué mujer tan joven!, ¿no?

Valeria le devuelve la foto. Diego se apresura a guardarla.

DIEGO

Bueno, esa foto tiene ya sus años...

VALERIA

(*con un leve dejo de ironía*) Siempre me conmovieron los hombres que andan con fotos de sus madres...

DIEGO

En realidad no sé por qué ando con esta foto. Tina dice que...

VALERIA

¿Quién es Tina? ¿Su madre?

DIEGO

No, perdón, la doctora Lowenstein, mi analista. (*Sonríe.*) Como la veo tres veces por semana, ¿sabe?, pienso que todo el mundo debe conocerla... (*Sonríe.*) Bueno, ella dice que es el cordón umbilical que guardo en la billetera.

VALERIA

(*disgustada*) ¡Qué imagen tan horrible! (*Finge ternura.*) Estoy segura que a su mamá la hace muy feliz...

DIEGO

(*con rencor*) No he visto a mi madre en años. Se escapó...

VALERIA

¡Oh, cuánto lo siento! (*Pausa.*) ¿Está cómodo allí?...

DIEGO

Sí, perfectamente.

VALERIA

Bueno, a ver, cuénteme de la interviú. ¿Cuál es la idea? ¡Estoy tan intrigada!

DIEGO

Bueno, veinte años atrás usted se retiró en medio de un gran escándalo. No volvió a aparecer en público, no habló con la prensa... Mucha gente todavía se pregunta qué pasó exactamente. Quiero decir, han habido rumores y especulaciones, pero quedan tantas incógnitas que, bueno, pensé que sería interesante hablar de eso...

VALERIA

Eso pasó hace tanto tiempo. ¿Por qué quiere ocuparse de eso ahora?

DIEGO

Bueno, el público tiene derecho a saber...

VALERIA

¿El público? ¡El público ya ni debe saber quién soy!

DIEGO

No se equivoque. La gente la recuerda mucho. Todavía pasan sus películas por televisión. ¿Cómo podrían olvidarla?

VALERIA

(*escéptica*) ¿Sí? Ojalá tenga razón... No lo sé... (*Seductora.*) A veces, le digo la verdad, pienso que mi vida ha pasado como un sueño... Que en realidad no le importo a nadie... Mire, yo he sido mimada y cortejada por millonarios, por aristócratas, por presidentes... Y sin embargo, tengo la impresión de que si saliese hoy a la calle a contárselo a alguien, se largarían a reír... (*Pausa.*) De todos modos, ¿exactamente qué preguntas tenía en mente?

DIEGO

Bueno, en realidad, si no le importa, prefiero no adelantárselo...

VALERIA

(*alarmada*) ¡Claro que me importa! ¿Por qué? ¿Es un secreto?

DIEGO

¡No, no es un secreto! ¡Por favor!

VALERIA

¿Y entonces? ¿Qué es? ¿Una especie de juego un poco perverso?

DIEGO

No, no, tampoco es un juego, ni mucho menos perverso... (*Ríe, nervioso.*) Simplemente, se trata de conservar su espontaneidad...

VALERIA

Ahora sí que me dejó intrigada... ¿Usted sabe alguna cosa de mi que yo no sepa? ¿Algún nuevo rumor malicioso?

DIEGO

¡No, no! Por favor no se confunda...

VALERIA

Yo no me confundo... En todo caso, usted me confunde un poco... (*Se toma la cabeza.*) ¡Ay, mi cabeza! Perdonemé, desde que me levanté ando con una neuralgia salvaje. (*Va hacia el aparador.*) Sea bueno, tráigame un vaso de agua. Ahí, sobre la mesa...

Diego llena un vaso de una jarra. Valeria abre un par de cajones hasta encontrar el frasco de píldoras.

Gracias a Dios, tengo estas píldoras... (*Lleva dos píldoras a la boca. Alarmada.*) ¡No vaya a escribir que tomo píldoras! La gente va a creer que ando como uno de esos personajes de *El valle de la muñecas*... Nunca tomo píldoras... Alguna, de vez en cuando... (*Ingiere otra píldora.*) Pasa que no tolero a la gente misteriosa...

DIEGO

(*con un leve tono de protesta*) ¡Yo no creo ser una persona misteriosa!

VALERIA

(*escéptica*) ¿No? Bueno, tampoco es muy transparente que digamos... Debe tener una personalidad medio ambigua. (*Se sienta. Repentinamente.*) Necesito un trago. ¿Quiere acompañarme?

DIEGO

No, mire, prefiero... no tomar nada cuando trabajo...

VALERIA

(*con un leve tono de burla*) Suena como esos detectives de película. (*Engola la voz*) "No, gracias, no bebo cuando estoy de servicio"...

DIEGO

No, lo que pasa es que... bueno, es que soy un poco torpe con las manos y cuando... estoy nervioso, bueno, ¿sabe?... se acentúa.

VALERIA

¡Pero qué catálogo de complejidades! (*Se incorpora, resuelta.*) Yo me voy a servir una copa de champán... ¿Está seguro de que no quiere?

DIEGO

Sí, sí, completamente.

Valeria va hacia la cocina y vuelve con una botella de champán. Llena dos copas. Le sirve una a Diego. Luego deja la botella junto al grabador.

VALERIA

Bueno, igual tómese una copa. Le prometo que si la vuelca voy a hacer como si no lo notara. ¿Eh? (*Alza su copa.*) ¡Salud!

Diego, resignado, levanta la suya.

DIEGO

¡Salud!

Temblorosamente, Diego se lleva la copa a los labios. Bebe un sorbo, pero no puede evitar derramar algunas gotas sobre su camisa.

DIEGO

(*mortificado*) ¿Se da cuenta? (*Deja la copa sobre la mesa. Se limpia la camisa con la mano.*)

VALERIA

(*no puede reprimir la risa*) ¡Usted es torpe en serio!... (*Le alcanza una servilleta.*)

DIEGO

(*humillado*) ¿No se lo dije?

VALERIA

(*no puede parar de reír*) Nunca vi nada igual. Parece ensayado. ¿No lo hará a propósito?

DIEGO

(*ofendido*) ¡No! ¿Cómo voy a hacerlo a propósito? Yo sufro mucho con mi torpeza...

VALERIA

(*seductora*) Los hombres torpes siempre despiertan el instinto maternal en las mujeres, ¿no lo sabía?

DIEGO

(*insiste en limpiarse la camisa*) No, no es mi caso, créame. Por lo menos, no es lo que dice Tina...

VALERIA

¿Ah, no? ¿Y ella qué dice?

DIEGO

Ella piensa justamente lo contrario. Dice que es una forma de autosabotaje.

VALERIA

¡Pero qué mujer tan deprimente! ¿Cuánto hace que se analiza?

DIEGO

Ocho años...

VALERIA

(*asombrada*) ¿Ocho años?

DIEGO

Me ayudó mucho...

VALERIA

(*escéptica*) ¿Le parece?

DIEGO

¡No quiera imaginar lo que era antes!

VALERIA

(*con intención*) No querría.

DIEGO

Hubiera sido totalmente incapaz de enfrentarme a alguien como usted...

VALERIA

(*ofendida*) ¿Como yo?

DIEGO

Quiero decir, no se ofenda, pero usted tiene un tipo de personalidad que me resulta muy intimidante.

VALERIA

¿Ah, sí? ¿Y qué tipo de personalidad es esa?

DIEGO

El tipo de mujer segura, agresiva, inteligente

VALERIA

¿Usted las prefiere inseguras, pasivas y retardadas?

DIEGO

¡No, de ninguna manera! Yo, por el contrario, siempre he sentido una gran atracción por ese tipo de mujer. Tina dice que en todas ellas estoy siempre buscando a mi madre...

VALERIA

Su mamá, pobre santa, no deja que la olviden...

DIEGO

Por otra parte, estar aquí, con usted... Le aseguro, este ha sido un sueño de toda mi vida... ¡Estar con Valeria Durand!... Necesito pellizcarme para creerlo... (*Vehemente, se aproxima a ella*) ¡Yo siempre la admiré! Vi todas sus películas. *Pasión de primavera, La mujer apache, Corazón gitano, Orquídeas ensangrentadas, Tango perdido*...

VALERIA

(*conteniéndolo*) Bueno, bueno, tampoco hace falta que me recite todo el curriculum...

DIEGO

(*apasionado, protesta*) No se imagina las noches que pasé metido en esas salas a oscuras...

VALERIA

Así son los cines, querido. No esperará que le den una medalla...

DIEGO

Hasta tengo la impresión de conocerla íntimamente... Ví *Tango perdido* más de doce veces.

VALERIA

¡Qué obscenidad! Mejor no me lo recuerde. (*Enrojece. Se sirve otra copa.*) Esa película fue un error total. No debería haberla hecho nunca.

DIEGO

(*extasiado*) Se la veía deslumbrante.

VALERIA

(cortante) Se me veía gorda.

DIEGO

(atónito) ¿Gorda? ¿Cómo puede decir una cosa así? (Muy serio.) Mire, cuando vi *Tango perdido* por primera vez... ¡fue como una revelación!, se lo digo con toda sinceridad. Esa película cambió mi vida. La vi en un cine de barrio, el Rívoli. Estaba sentado ahí, solo, en la oscuridad, cuando usted apareció. Su rostro cubrió la pantalla. Todo el resto desapareció. La soledad, el miedo, la agonía... Hay gente que descubre el amor en los lugares más extraños... Yo descubrí el amor en el cine Rívoli. Me enamoré de usted en *Tango perdido* como si se tratase de una persona real. Mi necesidad de verla se volvió compulsiva. Vi esa película tres veces en el mismo día... Llegué a envidiar a Gastón hasta el punto de tener sueños recurrentes de asesinato.

VALERIA

¿Gastón? ¿Qué Gastón?

DIEGO

(desconcertado) ¿Cómo qué Gastón? ¡Gastón! ¡El hombre de quien Mariana Deveraux está enamorada!

VALERIA

Ah, ese Gastón...

DIEGO

¿No se acuerda?

VALERIA

Vagamente.

DIEGO

¡Me está jodiendo! ¿Cómo no se va acordar? (Incrédulo, sonríe) ¡Esa película es un clásico! La escena final, cuando empiezan a bailar en ese puerto envuelto en la bruma, es antológica. ¡Me la sé de memoria! Podría repetírsela palabra por palabra...

VALERIA

No le creo.

DIEGO

¿Que no? Mire. (Se apasiona. A medida que narra la escena a gran velocidad, actúa los personajes.) Usted está a punto de partir. Bueno, no usted, la condesa, Mariana Deveraux... Ha perdido las esperanzas de encontrar a Gastón y decidió irse a Europa para olvidarlo. Gastón, por su parte, se ha enterado de que usted está por irse y corrió al puerto con la esperanza de verla por última vez. El puerto está lleno de gente. Gastón se abre paso cada vez más ansioso, tratando de encontrarla. Usted está en la cubierta del barco, acodada sobre la baranda, mirando el muelle con una mirada melancólica, cuando de pronto cree reconocer a Gastón. No parece el mismo. Está descuidado, con la barba crecida... ¡Pero es él! Ahora comprende todo.

Comprende que él la abandonó para no arrastrarla su caída. Usted comienza a agitar los brazos, a gritar su nombre... El la escucha. Busca el origen de su voz, hasta que por fin la ve. Sonríe. Usted echa a correr a través de la cubierta. Baja la escalerilla justo en el momento en que el barco va a soltar amarras. Teme perderlo en el gentío, pero él está, la espera. Usted se arroja en sus brazos... "Oh, mi amor", le dice usted. Las lágrimas ruedan incontrolables por sus mejillas. "Sólo en tus brazos me siento segura... Si te pierdo esta vez, te habré perdido para siempre." Se escucha la sirena del barco. Se besan apasionadamente. Y allí, casi imperceptiblemente al principio, se escuchan los compases de un tango. (*Tararea.*) Empiezan a bailar... (*Hace unos pasos de baile.*) ¡Qué escena! Mire, esto nunca se lo confesé a nadie, pero cuando llegaba esa escena, cuando empezaban a bailar... me largaba a llorar...

VALERIA
¿Lloraba?

DIEGO
Siempre.

VALERIA
¿Por qué lloraba?

DIEGO
Tengo debilidad por los finales felices. Siempre odié *Lo que el Viento se Llevó* por ese final.... ¡Ah, pero el suyo! ¡Cómo envidiaba ese reencuentro entre la bruma del puerto, con la sirena de los barcos sonando a la distancia... Cómo envidiaba tenerla en mis brazos, apretarla, besarla como la besaba él...

VALERIA
¿Qué ridículo! Envidiar a ese actor insoportable... ¿Cómo se llamaba?

DIEGO
Rolando Delmonte.

VALERIA
¡Rolando Delmonte! ¡Por Dios! Usted no sabe... (*Se detiene, alarmada. Se pone de pie.*) ¡Ese grabador está andando!

DIEGO
(*revisa el grabador*) Tiene razón.

VALERIA
(*nerviosa*) ¡Apáguelo inmediatamente!

DIEGO
(*lo apaga*) Ya está. Está apagado.

VALERIA
(*desconfiada*) ¿Está seguro?

DIEGO

Absolutamente. Ni vale la pena que se moleste. No tiene ninguna importancia...

VALERIA

(*furiosa*) ¿Cómo no va a tener importancia? ¡Jamás le diría estas cosas a un grabador! (*Bebe.*) Todas esas tonterías que dije... Nada de eso va a aparecer, ¿no?

DIEGO

No, no, quédese tranquila...

Pausa. Bebe otro sorbo.

VALERIA

Perdonemé, pero estas situaciones me traen muy malos recuerdos. (*Se recompone*) ¿En qué estábamos?

DIEGO

(*tímidamente*) Me estaba contando de Rolando Delmonte.

VALERIA

¡Ah, sí! Delmonte... No quiero hablar de él...

DIEGO

¿Por qué?

VALERIA

No insista. Es inútil... Ese tipo era un cerdo. Tenía un aliento espantoso. No se podía soportar... Parecía que hubiera una cloaca corriéndole bajo su dentadura. Cada escena con él era una tortura.

DIEGO

(*sacudido*) ¿Está hablando en serio?

VALERIA

¡Claro que hablo en serio!

DIEGO

Pero la manera en que lo miraba, en que lo besaba... Parecía tan real...

VALERIA

Usted no será uno de esos que se creen todo lo que ven en las películas...

DIEGO (*solemne*)

Bueno, sí, ¿por qué no? Soy un loco del cine. El cine ha sido la parte más feliz de mi vida... Tuve una infancia difícil...

VALERIA

(finge interés) ¿Ah, sí?

DIEGO

Mi madre me abandonó cuando tenía diez años... Mi padre era un hombre sin carácter. Tenía una fiambrería. Volvía a casa trayendo encima todos esos olores a arenques ahumados y pepinos en salmuera... Y mi madre, bueno, no lo aguantaba... Lo obligaba a bañarse tres o cuatro veces al día y a ponerse cuánta nueva marca de desodorante aparecía en el mercado... Mi madre era un mujer muy hermosa. Me imagino que pensaba que merecía más. Terminó escapándose con un griego, un importador de aceitunas *kalamata* y queso *feta*... Mi padre nunca se recuperó del golpe. De la noche a la mañana, el pelo se le volvió totalmente blanco. Perdió interés en todo. Se pasaba horas sentado en una mecedora, hamacándose... Finalmente los acreedores se repartieron la fiambrería... *(Pausa.)* No vaya a pensar que le cuento todo esto para buscar su compasión. Es para explicarle que el cine significaba para mi... La ventana a través de la cual me escapaba a un mundo donde todo era hermoso, elegante, mágico...

VALERIA

(imperturbable) Yo, en cambio, siempre odié el cine intensamente. Odiaba todo. Las cámaras, los decorados, las luces, el maquillaje, los nombres falsos, las frases hechas... ¡Todo! El engaño era tan obvio. Usted no se imagina, pero ser actriz no tiene nada de entretenido. Es un camino lleno de crueldades, falsedad y desengaños. Yo llegué a ese mundo cuando tenía diecisiete años. Era una ingenua, tan frágil como una estatuilla de terracota. Bailaba. Soñaba con ser un cisne como la Pavlova. Me llevaron a Hollywood antes de cumplir los veinte. Selznick me adoró inmediatamente. “La Garbo latina”, me llamaba. ¡Ah, todo aparentaba ser tan maravilloso! Toda esa gente famosa, toda esa adulación, toda esa plata para gastar... *(Sombria.)* Pero es un espejismo. Cuando una se despierta, se da cuenta de que no le queda otra cosa que un frasco de Valium y una pila de facturas impagas. Yo me he pasado la mitad de mi vida metida en esa trampa. Créame, mi único acto de sanidad fue escaparme de todo eso, hace veinte años.

Valeria se queda pensativa por un instante. Se sirve otra copa. Levanta la mirada hasta encontrar los ojos de Diego y repentinamente se larga a reír.

DIEGO

(sonríe a su vez, desconcertado) ¿Qué pasa?

VALERIA

(ríe aún más) Nada, nada...

DIEGO

¿Hice algo...?

VALERIA

(riendo) No, no me preste atención...

Valeria hace esfuerzos por contenerse. Estalla una vez más.

DIEGO
¿Qué le pasa?

VALERIA
(riendo) Nada, es que... perdón... Pero, a veces se me cruzan esas imágenes absolutamente locas...

DIEGO
¿Qué imágenes?

VALERIA
Mire, no se enoje, pero de pronto me lo imaginé sentado en uno de esos horribles cines de barrio, escapando por esa ventana suya, soñando con ser ese miserable de Delmonte, con su dentadura podrida... (*Tiene otro acceso de risa.*)

DIEGO
(herido) ¿Se ríe de mí?

VALERIA
No, no me río de usted, no es nada personal... Créame... (*Se ríe.*) No se ofenda... Lo que pasa es que me he pasado la vida escuchando a gente que juraba adorarme, que me admiraba, me reverenciaba... Gente que me escribía cartas interminables, me mandaba gigantescos ramos de flores, me compraba regalos carísimos...

DIEGO
(seco) Debe ser muy halagador...

VALERIA
Bueno, sí... entretiene... por un tiempo. Hasta que un día una descubre que todas esas promesas también son de celuloide... Cuando se termina la película, la gente se va y la sala queda vacía. Por eso, cuando lo escuchaba a usted... (*Se larga nuevamente a reír.*)

DIEGO
(serio) Pero yo no tengo nada que ver con ellos. Esa gente tenía acceso a usted, formaba parte de su mundo. Yo no. Para mí, ésta es la única oportunidad.

VALERIA
¡Ay, no sea tan melodramático! Puedo invitarlo la semana que viene a tomar el té.

DIEGO
Puede, sí, pero no lo hará.

VALERIA
¿Cómo lo sabe?

DIEGO

Porque estoy seguro de que ni se acuerda de mi nombre.

VALERIA

¡No me venga con eso ahora!

DIEGO

¿Se acuerda?

VALERIA

¡Claro!

DIEGO

Dígalo.

VALERIA

¡No sea ridículo!

DIEGO

A ver, dígalo.

VALERIA

¡No quiero! ¡Qué absurdo!

DIEGO

¿Vio? No se acuerda.

VALERIA

Es algo parecido a Rodrigo...

DIEGO

No.

VALERIA

Juan, entonces...

DIEGO

Me llamo Diego.

VALERIA

¿Diego? ¡Que sea Diego! ¿Qué diferencia hace? El mío ni siquiera es Valeria y me han llamado así toda la vida. Usted es demasiado arrogante, querido. ¿Y qué si se llama Diego? Por mi podría llamarse Juan, Eleuterio, ¡George!... Igual lo olvidaría... Tengo dificultad para retener los nombres.

Pausa. Bebe otra copa. Diego aprovecha para prender el grabador.

DIEGO

(*resentido*) Me pregunto si es usted realmente esta persona que me está mostrando...

VALERIA

Lo soy, querido, lamentablemente... ¿Está muy desilusionado?

DIEGO

Sí... Quiero decir, no. Tengo la sospecha de que ésta no es usted sino un personaje que está inventando para escandalizarme. ¿Tengo razón?

VALERIA

A lo mejor... A lo mejor no soy más que un personaje en una obra olvidada. Lo terrible, mi querido, es que no lo sé. Le soy absolutamente sincera. Estoy tan desconcertada como usted. A veces, positivamente, no sé quién soy. Me levanto a la mañana siendo una persona y mientras me lavo los dientes descubro que soy otra. ¿Se da cuenta qué horrible? Estar allí, frente al espejo, con la sensación de estar cepillando dientes ajenos...

DIEGO

Bueno, con todos esos personajes que interpretó... Debe ser bastante común...

VALERIA

¡Ay, no lo sé! Ojalá lo supiera... Por momentos tengo la impresión de estar rematadamente loca... Siento una angustia horrible aquí (*Se toca el pecho.*)... Hace ya varias noches que me despierto preguntándome si no habré matado a alguien... Ya no estoy segura...

DIEGO

(*sorprendido*) ¿Cómo?

VALERIA

Como le digo... Bueno, una ha matado tanta gente en el cine y en el teatro que ¿quién puede estar segura?... Tengo alucinaciones...

DIEGO

Bueno, pero, perdonemé, es absurdo que crea una cosa así...

VALERIA

¿Le parece absurdo? Yo vivo aterrorizada.

DIEGO

Si hubiera matado a alguien ya se habría sabido...

VALERIA

¿Cómo se hubiera sabido, dígame? Si yo misma no lo sé. ¡El muerto no va a ir a contar! En una de esas, anda por allí un cadáver suelto sin que nadie sepa a quién pertenece. ¿Comprende mi dilema?

DIEGO

(cauteloso) Me parece, simplemente, un poco de paranoia... Yo, si me permite... puedo tratar de ayudarla...

VALERIA

Ojalá pudiera... Pero no. Ha visto demasiadas películas. (*De pronto, nota que el grabador está encendido.*) ¡El grabador! ¡Está encendido! ¿Desde cuándo está encendido?

DIEGO

No lo sé. . Yo lo apagué. Usted me vio.

Diego lo apaga rápidamente. Valeria lo enfrenta.

VALERIA

(amenazante) ¿Por quién me toma?

DIEGO (*retrocede*)

Parece que arranca solo... Debe tener un activador de voz...

VALERIA

(amenazante) ¿Quién carajo se peinsa que soy? ¿Una de esas estrellitas boludas a las que ustedes manejan como si fueren títeres?

DIEGO

(*atajándose*) No, mire, le aseguro...

VALERIA

(*descontrolada, grita*) ¡No me asegure nada, hijo de puta! ¡Le dije bien claro que apague ese aparato de mierda! ¿No se le dije? (*Comienza a pasearse indignada. Bebe una copa. Parece serenarse. Se compone.*) Perdóneme... (*Respira hondo. Se pasea*) Perdóneme... Estos aparatitos me ponen fuera de mí. Se habrá dado cuenta...

DIEGO

(*impresionado*) De veras lo siento mucho....

VALERIA

No, no, ¡yo lo siento! No tenía que haber perdido los estribos... Pero la idea de que alguien pueda sentarse a solas con mi voz y mis palabras y pueda volver a escucharlas, una y otra vez, me parece terriblemente obscena. ¡Esos grabadores odiosos, llenos de pilas!...

Valeria toma la botella de champán para servirse una copa y deliberadamente la vuelca sobre el grabador. Diego la mira espantado.

DIEGO

(*trata de detenerla*) ¡No! ¿Qué hace?

Valeria continúa hasta vaciar la botella.

VALERIA

Ay, perdón! Disculpemé... Otro accidente... No se enoje. Le compro uno nuevo... *(Lo mira a los ojos, con una mirada chispeante.)* ¿Está enojado?

DIEGO

(controlándose) No, es que...

VALERIA

Me parece que está muy enojado...

DIEGO

(seca el grabador con una servilleta. Sin convicción) No, no, está bien...

VALERIA

Ya ve, usted no es el único torpe. Somos almas gemelas... *(Lo ayuda a secar.)* Ya está. Está como nuevo, ¿no? Voy a hacerle una confesión... Siempre tuve la tentación de hacer una cosa así... A lo mejor hoy, inconscientemente, me di permiso... Debe parecerle una locura... O una crueldad... ¡Qué angustia! Trate de entenderme... Piense... si usted se pasase la vida mirando a un objeto odioso... ¿No se sentiría alguna vez tentado?

DIEGO

Bueno, yo... sinceramente... No creo que me hubiera atrevido...

VALERIA

¿No? ¿Por qué?

DIEGO

Ya le dije... Soy terriblemente tímido...

VALERIA

¡Pero yo también! Tengo una timidez paralizante.

DIEGO

Usted, por lo menos, tiene cierto entrenamiento...

VALERIA

¿Y de qué me ha servido? Todos estos años, luchando por sobrevivir en esta selva. ¡Porque es una verdadera selva, querido, que no le quede duda! ¡Y con todas las especies! Leones, lobos, zorros, serpientes... No falta ninguna. ¡Y los periodistas son los cuervos de esta fauna! No lo digo por usted. Pero no se imagina cómo he llegado a detestarlos. *(Dura.)* Esa banda de miserables, ignorantes, cornudos, llegando con sus uñas sucias, sus camisas mal planchadas, sus sacos llenos de caspa a cobrarse sus frustraciones con una... ¿Por qué cree que me he recluso en este silencio? ¿Por qué cree que me he negado sistemáticamente a hablar con la prensa? *(Violenta.)* ¡Esos hijos de puta te arruinan la vida por un título! ¿Se da cuenta de lo que estoy diciendo? *(Cambia de tono. Se vuelve frágil, implorante.)* Claro que se da cuenta... Usted es como yo... un ser sensible, espiritual... Quizás tenga razón... Quizás pueda ayudarme... *(Implorante.)* ¿Lo hará?

DIEGO
(*intimidado*) Por supuesto.

VALERIA
Prométamelo.

DIEGO
Se lo prometo.

VALERIA
Siempre le estoy haciendo prometer cosas a la gente. Es tan infantil, ya lo sé. Pero es que me siento tan frágil, tan vulnerable... ¡Prométamelo otra vez!

DIEGO
Señora, tiene mi solemne promesa...

VALERIA
No, solemne no. Sin solemnidad... Odio la solemnidad... (*Lo mira fijamente.*) Prefiero la intimidad, la mirada sincera, honesta, transparente... (*Le toma las manos*) ¿De veras me amaba? Me refiero, cuando se sentaba en esas salas oscuras para escapar del olor a arenque ahumado... ¿De veras pensaba que yo era el bálsamo que curaba sus heridas?

DIEGO
(*emocionado*) Sí.

VALERIA
(*lo besa ligeramente en la boca*) ¡Qué conmovedor! Ayúdeme...

DIEGO
¿Cómo puedo ayudarla?

VALERIA
Asegúreme de que no he matado a nadie... Que todo esto no es más que una pesadilla de la que no termino de despertarme...

DIEGO
Se lo aseguro.

VALERIA
¡No, no así! Así se le habla a los locos. ¿Cómo puede asegurarme nada? A lo mejor hay un cadáver en el dormitorio, como en *Orquídeas ensangrentadas*... ¡Qué horror! Nunca más volveré a estar segura...

DIEGO
Mire, puedo ir al dormitorio y fijarme... Es lo más sencillo... (*Indeciso, ridículo, busca un gesto heroico.*) ¿Quiere que vaya a fijarme? Digo, simplemente, para matar la duda...

VALERIA

¡No mencione matar! Bueno, sí, vaya, fíjese. Y también en la cocina...

Diego va hacia la puerta.

VALERIA

(*grita*) ¡No! Espere... No vaya. ¿Qué pasa si no encuentra nada? Pensará que estoy loca... Lo escribirá... Lo publicará... Todo el mundo va a enterarse que Valeria Durand está chiflada... Loca como una cabra... Van a encerrarme en uno de esos manicomios llenos de lesbianas...

DIEGO

Yo nunca haría nada que la perjudique.

VALERIA

¿De veras? ¡Qué alivio!

DIEGO

¿Quiere que me fije o no?

VALERIA

Sí, vaya... ¡Dios mío, la cabeza!... Creo que va a estallarme...

Diego sale.

VALERIA

(*angustiada, grita en dirección de la puerta por donde ha salido Diego*) Fíjese en los baños... fíjese si no hay manchas de sangre...

DIEGO

(*desde adentro*) Quédese tranquila, quédese tranquila...

Valeria se deja caer melodramáticamente en el sillón, exhausta. Hay una larga pausa. Diego reaparece.

VALERIA

¿Y?

Silencio de Diego.

VALERIA

(*impaciente*) ¿Qué pasa?

DIEGO

(*lívido*) Hay un cadáver en el dormitorio.

Se apagan las luces

ACTO SEGUNDO

Escena I

La misma sala. La acción retoma exactamente donde terminó el primer acto.

VALERIA

¿No le dije? Estaba segura. ¿Qué voy a hacer ahora?

DIEGO

(helado) ¿Qué pasó?

VALERIA

¡No sé, no me pregunte! *(Se pasea nerviosamente.)* ¿Está ahí todavía?

DIEGO

Sí, claro.

VALERIA

¡Qué fastidio! ¿Qué vamos a hacer?

DIEGO

(horrorizado) ¿Qué pasó?

VALERIA

¿Cómo quiere que sepa? *(Pausa.)* ¿Cómo es?

DIEGO

Parece joven...

VALERIA

¿De veras? ¡Qué pena! Morir joven es imperdonable.

DIEGO

Pero, ¿quién es?

VALERIA

No sé, no sé nada, no me pregunte. No me ocupo ni de mi misma, con eso le digo todo. Siempre he sido tan dependiente. Es horrible, lo sé. Pero así es como ha sido.

DIEGO

¿Alguien más estuvo aquí? Mire, mejor que sea franca conmigo.

VALERIA

Perdón, ¿esto es parte del interviú? Porque no quiero contestar más preguntas. Ya sabe todo lo que tiene que saber.

DIEGO

(*muy nervioso, trata de ser didáctico*) ¡No, no, qué interviú! Hay un hombre muerto en el dormitorio. Tenemos que hablar de lo que pasó. La policía va a venir...

VALERIA

¡Ay, por favor, no mencione la policía! ¡Ni en broma, mire! No quiero tener nada que ver con la policía. Lo único que faltaba... (*Le muestra el brazo.*) Sse me puso la piel de gallina... ¡Qué horror! Toda esa publicidad, los periodistas metiéndose por debajo de las puertas, sacando a relucir la ropa sucia... (*Lo aferra.*) ¿Qué quiere? ¿Arruinarme? ¿Eso es lo que quiere?

DIEGO

Señora, usted no parece entender...

VALERIA

Valeria., Llámeme Valeria. Además, no me diga señora: nunca me casé.

DIEGO

Valeria...

VALERIA

¿Por qué tenemos que perder el tiempo en cosas desagradables? ¿Por qué no podemos tener una conversación adulta, calma, amistosa? Me confundo con tanta facilidad, mi cabeza empieza a girar como un trompo. Pregúnteme cosas que pueda contestarle... Amablemente. (*Recita*) "Yo siempre he dependido de la amabilidad de extraños..." ¿Recuerda esa frase? Blanche, en *Un Tranvía llamado Deseo*. (*Actúa a Blanche.*) "No quiero realismo. ¡Quiero magia!... ¡Sí, magia! Y si eso es un pecado, ¡que me condenen por ello!" (*En rápida transición, vuelve a ser ella misma. Sonríe. Llena las copas de champán.*) ¡Qué maravilla! Ya nadie escribe personajes como esos. Ahora todo lo que le piden a una es que suba al escenario y empiece a sacarse la ropa... (*Seductora.*) Acérquese, no sea malo, beba conmigo... (*Le tiende una copa.*) Donde hay una botella de champán, todavía se respira cierta clase, ¿no le parece? Bueno, ¿qué quería preguntarme?

DIEGO

(*trata de simular calma. Didáctico, como si le hablara a un niño.*) Mire, perdóneme, Valeria... Quiero decir, no es que yo no quiera seguir con el reportaje. Nada me gustaría más, créame. Pero aquí tenemos un problema serio que tenemos que resolver... Es muy importante que usted lo comprenda.

Valeria se sienta en el sillón.

VALERIA

Diego... (*Juguetona*) ¿Vio como me acuerdo de su nombre? Tratándose de mi, no es poca cosa. Diego, venga, siéntese a mi lado. (*Diego, muy nervioso, se sienta junto a ella. Valeria le habla mirándolo a los ojos*) Le voy a decir una cosa: los problemas sólo anidan en los espíritus mediocres. Los artistas vivimos en una dimensión distinta. Ese hombre... ex hombre.. no tiene nada

que ver conmigo, ¿se da cuenta? En una de esas, ni siquiera vivimos en la misma dimensión y lo que usted vio en el dormitorio, podría muy bien haber sido un espejismo.

DIEGO

(*se pone de pie*) No, no, mire, yo sé muy bien lo que vi. Ahí hay un cadáver sobre la cama. Podemos ir a verlo juntos si quiere.

VALERIA

¡Ni me lo mencione! ¡Qué propuesta tan indecente! ¿Por qué está tan nervioso? Si usted se pone así, ¿cómo debería estar yo? Se supone que yo lo maté... Pero no recuerdo nada... Siempre tuve mala memoria, hasta en el colegio... (*Bebe. Repara en la copa de Diego.*) ¡Qué malvado! Ni ha tocado su copa... ¿No esperará que me emborrache sola, verdad?

Diego vuelve a sentarse. Bebe unos sorbos.

DIEGO

El champán no me cae muy bien. Me provoca acidez.

VALERIA

(*le pone un dedo en los labios*) ¡Shhhh! ¡No diga eso! ¡Qué herejía! Es como decir que la seda le irrita la piel, o que el caviar le produce sarpullido. Tiene que refinar su estómago, querido. La vida es una experiencia tan banal que sólo se vuelve tolerable si se cultiva la belleza, la elegancia, el refinamiento. Piense en esos seres condenados a convivir toda su vida con la miseria, con la fealdad, que sólo aspiran a comer... ¿Se da cuenta? Comer. ¿Conoce alguna palabra más vulgar? ¡Comer!

DIEGO

Perdóneme, pero creo que deberíamos ponernos a pensar seriamente qué vamos a hacer con el muerto ese del dormitorio.

VALERIA

¡El muerto, el muerto! ¡Qué obsesión! ¡Parece que no le interesase otra cosa! ¿Y qué hay de mí? ¡Yo estoy viva! Ocúpese de mí. ¿Por qué tiene que ser tan mórbido? (*Pausa. Bebe. Admite.*) Tiene razón, absolutamente. Tenemos que ocuparnos de él. Pero soy incapaz de tomar decisiones. Decida usted, estoy en sus manos. (*Le aferra las manos.*)

DIEGO

Es que si no avisamos a la policía...

VALERIA

(*le suelta las manos*) ¡Ah, no! Ya le dije. ¡La policía, no! En todos estos años nunca he tenido nada que ver con la policía... ¡Se imagina que no voy a empezar justo ahora!

DIEGO

Bueno, pero, disculpemé, esto me convierte en un cómplice.

VALERIA

Es cierto, claro, eso es lo que le preocupa... ¡Pobrecito! ¡Qué dilema! (*Trata de pensar, angustiada.*) Pero, querido Diego: suponga que no hubiera entrado nunca en esa habitación.. No se hubiera enterado de nada, ¿no es así? Y bueno: no se dé por enterado.

DIEGO

(*recapacita*) Claro, visto de esa manera...

VALERIA

(*práctica*) ¿Se da cuenta qué sencillo? Todo arreglado. Vino a hacerme un interviú y no vio nada. Hablamos de cine. ¿Qué le parece?

DIEGO

Sí, pero.... ¿y el muerto?

VALERIA

¡Ay, tiene razón! Me olvidaba de él. ¡Tenemos que sacarlo! No podemos dejarlo ahí, en el dormitorio. En cualquier momento empieza a apestar... ¡Qué horror! Después no voy a poder volver a ese dormitorio por semanas... (*Inquieta*) ¿Dónde podríamos ponerlo?

DIEGO

No, mire, yo creo que no deberíamos tocarlo... Hay que dejar todo como está.

VALERIA

¡No, no, tenemos que moverlo! ¿Cómo quiere que duerma esta noche? Yo me acuesto temprano. A las ocho caigo en la cama como un ladrillo. (*Piensa.*) Espere un momento... ¡Qué tonta! Pero usted debería saber qué se hace con un cadáver...

DIEGO

¿Yo? ¿Por qué yo?

VALERIA

¿No dijo que su padre era fiambbrero?

DIEGO

(*escandalizado*) ¡No haga bromas, por favor!

VALERIA

No son bromas. Yo siempre he sido muy práctica. Un fiambre es un fiambre en cualquier circunstancia ¿A ver? Piense. ¿Dónde guardaban los fiambres?

DIEGO

Donde se guarda todo, en la heladera.

VALERIA

(iluminada) ¡La heladera! ¿Cómo no se me ocurrió? ¡Es tan simple! A veces una descuida las cosas más obvias, ¿no es cierto?... Lo metemos en la heladera del hotel. ¡Brillante!, ¿no le parece? *(Hace ademán de ir hacia el dormitorio.)*
Venga, deme una mano...

DIEGO

(agitado) ¡No, no, espere, espere! No lo podemos meter en la heladera...

VALERIA

Tienen una heladera enorme, querido. Yo la he visto.

DIEGO

Sí, pero, y ¿y después, qué?

VALERIA

(descorazonada) Claro. No puede quedarse allí para siempre, como el abominable hombre de las nieves. *(Trata de animarse.)* Bueno, no seamos derrotistas, a lo mejor después se nos ocurre alguna cosa... *(Lo mira a los ojos.)* ¡Pobre! Está aterrado. Lo comprendo. Le gustaría irse, ¿no? Desaparecer. No haber venido nunca.

DIEGO

(poco convincente) No, no es eso...

VALERIA

No me engañe... Tanta gente me ha engañado que al menos espero encontrar en usted un poco de sinceridad. ¿Cree que no lo entiendo? *(Pausa.)* Quiere irse, ¿eh? Bueno, váyase...

DIEGO

No, ¿cómo voy a irme?

VALERIA

Por donde entró. ¿Qué le importa, en realidad, lo que pase con esta vieja actriz olvidada de todos? Y si después siente alguna culpa va y se lo cuenta a esa analista suya del nombre complicado. Váyase, Diego... Olvídese que me ha conocido... Véame en el cine...

DIEGO

(protesta) No, no puedo irme.

VALERIA

¿Por qué no? No me diga que porque se enamoró de mi en las películas... ¡No sea infantil! Uno no puede jurarle fidelidad a una película... Aproveche, váyase... Estas dos horas no han existido. Bórrelas. Fueron una mala cinta.

Diego la mira como pidiendo absolución. Recoge su grabador. Las dudas lo torturan. Valeria le devuelve una sonrisa leve. No dice una palabra. Diego va hacia la puerta. Se detiene. Se vuelve.

DIEGO

(*decidido*) ¡No puedo irme. No me lo perdonaría nunca.

VALERIA

¿Por qué? ¿Tiene miedo que su jefe se lo reproche y no le den el aumento? ¿O es, en realidad, su pequeña y miserable ambición que le dice: "Diego, Diego, esta es tu oportunidad"? ¿Es eso? La oportunidad de oro, la exclusiva...

DIEGO

(*mortificado*) Necesito la plata.

VALERIA

(*asombrada*) ¿Necesita la plata?

DIEGO

¡Sí! Necesito la plata.

VALERIA

¿Y cuánto van a pagarle?

DIEGO

No me parece que tengamos que discutir aquí mis finanzas personales.

VALERIA

Pero tengo derecho a saberlo, ¿no? Después de todo, es mi vida de lo que se trata. Por lo menos debería saber cómo me cotizo. Vamos, dígame.

DIEGO

(*reacio*) Tres mil.

VALERIA

Tres mil, ¿qué?

DIEGO

Dólares.

VALERIA

(*se echa a reír*) ¿Eso es todo?

DIEGO

(*humillado*) ¡Necesito la guita! Estoy pasando por un momento difícil.
(*Conciliador.*) Mire, si usted me ayudase un poco...

VALERIA

¿Qué?

DIEGO

Yo podría ayudarla mucho.

VALERIA

¿Una transacción? ¡Qué interesante! Muy bien, ¿a ver, cuáles son los términos?

DIEGO

(*decidido*) Cuénteme todo. Su vida, sus amores, el escándalo, toda la verdad. Yo escribo la nota. La desgarrante historia de Valeria Durand, la “Garbo latina”, una reina del cine, una diva cuya belleza hacía delirar a los hombres y llenaba de envidia a las mujeres. Lo tenía todo: éxito, talento, dinero. El mundo a sus pies. Pero un día, de repente, algo pasó. Un inesperado episodio trastocó su vida como un huracán. Su mundo se derrumbó. Valeria Durand desapareció. Por años no se supo dónde se hallaba. Nadie más volvió a hablar de ella, nadie la mencionaba. Durante veinte años se enterró en vida entre las paredes de una habitación de hotel en Miami, sola, olvidada de todos, rodeada apenas de un puñado de recuerdos de sus días de gloria. ¿Qué pasó? ¿Qué misterio inexpugnable se oculta detrás de su silencio?... Ahora, finalmente, por primera vez, descorremos el velo de este enigma. ¡Valeria Durand habla! ¿Eh? ¿Qué me dice? (*Entusiasmado.*) Le prometo una cosa: voy a hacer llorar a las piedras. No me sorprendería que me propongan hacer un libro, una miniserie de televisión. ¡Hasta una película!...

VALERIA

(*fría*) Así que eso es lo que quiere. Que le abra mi intimidad como un ropero para que las señoras gordas se escandalicen en la peluquería. ¿A cambio de qué?

DIEGO

¿Cómo a cambio de qué? Estoy hablando de buena guita. De ponerla de nuevo en circulación.

VALERIA

¡Me está jodiendo! (*Se echa a reír.*) ¿No pensará que puede tentarme con eso? (*Ofuscada, se ríe.*) Usted perdóneme, pero tengo la impresión de que, o es un poco necio o se ha estado burlando de mi desde que pasó por esa puerta. A ver si nos entendemos, querido. ¡Yo soy Valeria Durand! Algunos de los hombres más poderosos del mundo hubieran pagado por pasar la lengua ahí donde yo ponía el culo. ¿Entiende de lo que estoy hablando? (*Va hacia una mesa, toma un jarrón.*) ¿Ve este jarrón? Es una porcelana Meissen del siglo dieciocho. Regalo de Howard Hughes. (*Va hacia uno de los retratos.*) ¿Ve este retrato? Me lo dibujó Diego Rivera sobre un mantel de La Coupole, en París. No quiero decirle quién más estaba en esa mesa porque su ignorancia resultaría embarazosa. Cada objeto de esta habitación, querido mío, tiene detrás un nombre célebre. Perdóneme la franqueza, pero yo he visto pasar la historia por mi dormitorio. ¿Y usted me habla de lo importante que sería poner mi nombre en su revistita de mierda? ¿A mi? ¿A Valeria Durand?

DIEGO

(*desesperado*) Usted me cuenta su historia y yo la ayudo a deshacerse del fiambre.

VALERIA

Debe estar desesperado.

DIEGO

Sí. No tengo ningún problema en admitirlo. Soy socio activo del exclusivo club de los buscadores del mango. ¿Qué me dice?

Pausa.

VALERIA

Muy bien.

DIEGO

Ahora necesitamos un plan.

VALERIA

(práctica) Podríamos envolver el cadáver en una alfombra... Usted podría sacarlo de noche...

DIEGO

¿Como Ronald Colman en *La escalera*? No. Sería difícil bajarlo sin que nos sorprendieran. Esto es un hotel. Todo el tiempo hay gente en el lobby. Van a pensar que estoy tratando de robarme la alfombra. ¡Sería peor! No, lo mejor sería descuartizarlo. Lo metemos en la bañera... Como John Garfield e Ida Lupino en *La llamada fatal*... Hay que conseguir una sierra eléctrica... Le quemamos las yemas con ácido sulfúrico, para que no puedan identificarlo si por casualidad lo encuentran... Podemos envolver los pedazos en las bolsas de lavandería y dejarlas caer dentro de las piletas de cemento en algún edificio en construcción... ¿Qué le parece?

VALERIA

(resuelta) ¡Me parece genial! Justamente hay un edificio en construcción aquí a la vuelta. *(Lo toma del brazo.)* ¡Venga!, vamos a estudiarlo.

Avanza hacia el dormitorio. Se dispone a abrir la puerta, pero Diego se lo impide. Bloquea la puerta.

DIEGO

¡No! ¡Espere!

VALERIA

¿Qué pasa?

DIEGO

No puedo hacer esto. ¡Es un delirio! ¿De qué estoy hablando?... ¡Yo soy un periodista, no soy un carnicero!

VALERIA

(impaciente.) Nadie le está pidiendo que lo mate. ¡El tipo ya está muerto!

DIEGO

(*agitado.*) ¿Cómo me metí en esto?... (*Retrocede, desesperado.*) ¿Dónde hay un teléfono? ¡Necesito un teléfono!

VALERIA

¿Para qué necesita un teléfono?

DIEGO

Tengo que hablar con Tina. (*Agitado.*) No puedo soportar esta situación. No estoy físicamente equipado para soportar mucha presión... Ella lo sabe perfectamente... (*Se toma la cabeza*) La cabeza me estalla... (*Lloriquea.*) Llame a Tina. Por favor llame a Tina.

VALERIA

¡No sea infantil! No podemos meter a nadie más en esto.

DIEGO

(*golpea el piso con el puño*) ¡Quiero hablar con Tina! ¡Quiero hablar con ella ya mismo!

VALERIA

Cálmese, cálmese. ¡En dos minutos voy a tener a todo el hotel golpeando a mi puerta! Tome una pastilla. (*Le ofrece una pastilla.*)

DIEGO

(*aparta la pastilla*) ¡No quiere pastillas! ¡Quiero a Tina! ¡Que me las recete ella! ¡Le pago una fortuna! ¡Tiene que estar disponible cuando hay una emergencia.

Valeria va hacia él con una actitud seductora. Le toma las manos.

VALERIA

Diego... Escúcheme... Cálmese...(Se arrodilla) Míreme a los ojos...

Diego la mira a los ojos.

VALERIA

Piense por un instante en esos momentos terribles, cuando se sentía el ser más infeliz de la tierra, cuando se escapaba ver *Tango perdido*... Usted soñaba con encontrarme, con hablarme, con tocarme... ¿No es así?

DIEGO

Sí.

VALERIA

Bueno, aquí estoy... Venga, abrázame. (*Diego la abraza, tímidamente.*) ¡Más fuerte! ¡Abrázame fuerte! Necesito sentir que no estoy sola. (*Diego la abraza con más firmeza.*) ¡Así, así! Dígame que no va a permitir que me destrocen, que me arrojen en una celda llena de ratas y humedad y me dejen morir de putrefacción...

Valeria busca los labios de Diego. Están a punto de besarse, pero Diego se aparta.

VALERIA
¿Qué pasa?

DIEGO
Perdón... perdón...

VALERIA
¿Perdón de qué?

DIEGO
¡Estamos locos! ¿Qué estamos haciendo? Perdón... perdón...

VALERIA
Pero, ¿qué le pasa?

DIEGO
No podemos estar haciendo esto... ahora. En este momento. En esta situación. Hay un hombre muerto en el dormitorio. No podemos jugar a que no pasó nada... Esto no es una película. Esto es en serio. ¡Esto es un crimen! ¡No podemos pretender borrar el hecho de que hay un fiambre en el dormitorio! ¡No lo podemos hacer! (*Se detiene, horrorizado.*) ¿Qué dije? ¿Usted me oyó? ¡Dije “fiambre”! ¿Se da cuenta? ¡Estoy hablando como usted! No es un “fiambre”, es un ser humano... ¿Qué está pasando conmigo? Yo soy un humanista. ¿Cómo puedo hablar así de un ser humano que acaba de ser asesinado? La vida es sagrada. Nadie puede tomar una vida ajena. Yo no lo conozco. No sé quién es. Sólo sé que era un ser humano. A lo mejor hasta era un buen tipo...

VALERIA
(*cortante*) Era un reverendo hijo de puta.

DIEGO
¿Cómo?

VALERIA
Un reverendo hijo de puta. Un rufiancito de cuarta que quiso aprovecharse de mí... (*Diego la mira asombrado.*) No, no me mire así, no se espante... Es así... Aunque no lo parezca. Es el destino de las mujeres como yo. Nos han adulado tanto en la vida que nos hemos vuelto adictas. Como una alcohólica o cocainómana. Mi droga es el aplauso, la adulación de los demás. Soy una mujer que necesita constantemente que la amen, que la elogien, que la ensalcen. Y las mujeres como yo estamos siempre a merced de cualquier hijo de puta. Rufiancitos de cuarta que llegan con sus pantalones apretados, oliendo a perfume de supermercado, y haciendo ostentación de su juventud... Brutos, . ignorantes, pero tienen olfato, tienen instinto. Se dan cuenta de que le tememos más a la soledad y a la indiferencia, que a la muerte. Nos ofrecen la ilusión... Y nosotras compramos. ¿Por qué no? Si odiamos la

realidad. La realidad es nuestro peor enemigo. La realidad es la que nos grita desde cada espejo que el tiempo ha pasado, que hemos dilapidado la renta de nuestra juventud y que ahora estamos condenadas a vivir de la caridad de las miradas ajenas.

Pausa.

DIEGO

(impresionado, suavemente) ¿Por eso lo mató?

VALERIA

(ríe) Es gracioso, ni siquiera me acuerdo de su nombre... *(Con intención)* Me acuerdo del suyo... pero no del de él... El no tiene identidad. Nunca la tuvo. ¿Cómo se puede matar a alguien que no tiene identidad?...

DIEGO

Cuénteme qué pasó.

VALERIA

Lo conocí en la playa... A veces salgo a caminar por la playa... Me gusta sentir el perfume del mar y la caricia del viento, especialmente en esta época, cuando todavía no hace mucho calor... El me reconoció y se acercó a hablarme... Parecía gentil y cálido... O tal vez pensé que lo era, porque a veces la necesidad de compañía, de afecto humano, nos sofoca... Lo invité a tomar el té... créame, sin otra expectativa que la de pasar una tarde amable conversando con un hombre joven... El, por lo visto, entendió mal mis intenciones... Me humilló ofreciéndose por dinero, como si yo fuera una de esas mujeres vulgares que se hacen servir por padrillos... Cuando advirtió mi disgusto, comenzó a atacarme y a insultarme... Fue horrible, no se imagina... En un momento dado se puso verdaderamente violento... Yo estaba aterrorizada, muerta de miedo... Sin embargo, no sé cómo, tuve la presencia de ánimo como para tomar un pequeño revólver que guardo en la mesita de luz... *(Sonríe)* Obsequio de un admirador. Creo que era barón o una cosa así. Un hombre absolutamente encantador. Tenía viñedos en Burdeos. ¡Forrado de dinero! Quería desesperadamente casarse conmigo. Ya ni recuerdo cuántas veces lo rechacé. Bueno, él me regaló ese revolver. Decía que temía por mi seguridad... Fue providencial... Le dije al rufiancito que se fuera, pero no quería irse... Me dijo algunas cosas muy desagradables y trató de golpearme... Entonces le disparé... *(Pausa)* ¿Me creerá si le digo que no recuerdo qué pasó después? Tenía esta cita con usted para el *entrevistado*... ¡El primero después de tantos años!... ¡Estaba tan nerviosa! Creo que fui a arreglarme un poco para que usted no huyera espantado...

DIEGO

¡Pero esto lo explica todo! ¡Es un caso clarísimo de defensa propia! Cualquier jurado va a entenderlo...

VALERIA

¿Jurado? ¡Mire, no me hable de jurados! ¡Yo no pienso ponerme delante de ningún jurado, ni de nadie! ¿Usted cree que soy masoquista? ¿Usted cree que

voy a entregarles mi cuerpo a esos pirañas colegas suyos para que me despedacen alegremente en los diarios y en la televisión? (*Se torna frágil, desvalida.*) Tiene que ayudarme... Tiene que pensar alguna cosa para que eso que está en el dormitorio no esté más allí... Dígale que se vaya, que se evapore... Yo lo ayudo, si quiere, pero no puedo pensar, ¿me comprende? Usted prometió ayudarme... No me abandone...

Diego mira alrededor. Repentinamente se fija en el baúl.

DIEGO
(*inspirado*) Ese baúl...

VALERIA
¿Le gusta? Es una antigüedad. Ha estado conmigo desde siempre. Lo usaba cuando hacía giras o viajes largos... Una tenía que llevar tantas cosas... Ropa de calle, vestidos de soirée, pieles, sombreros...

Diego se acerca a examinarlo.

DIEGO
Yo creo que entraría en este baúl...

VALERIA
¿Quién? (*Cae en la cuenta.*) ¡El muerto! ¡Claro que sí! ¡Es ideal! Nadie va a sospechar nada. Es perfectamente inocente. Hasta puedo llamar a un botones para que me ayude a bajarlo... (*Deslumbrada*) ¡Diego, querido, qué idea más genial! Absolutamente maravillosa. Lo tiramos al río... El fiambre, ahí, en el baúl, echando a navegar, hundiéndose graciosamente... Cada vez más lejos... ¡No sé cómo agradecerse!... ¡Pero sí sé! Se va a quedar a cenar. Voy a prepararle la comida más exquisita que ha comido en años. ¡Puchero a la Valeria! Y después voy a actuar para usted. ¡No me diga que no! No voy a aceptar ningún no... ¡Ah, qué alivio, querido Diego! ¡No me he sentido tan bien en años!

(Diego comienza a empujar el baúl en dirección del dormitorio.)

Se apagan las luces

Escena II

Algunas horas mas tarde. La misma sala. Una semi-penumbra le confiere al ambiente una atmósfera ceremonial. Es la sobremesa de lo que ha sido una improvisada cena. Hay una fuente de puchero sobre una bandeja y un par de botellas de champán vacías. El baúl, cerrado, se encuentra en el centro de la habitación. Diego esta sentado en el piso, con la cabeza recostada sobre uno de los sillones. Da la impresión de que ha estado haciendo un gran esfuerzo. Tiene la camisa manchada, se ha aflojado el nudo del moñito y su pelo está

revuelto. Tiene su libreta de apuntes y una lapicera a mano. El grabador está a su lado. Valeria entra trayendo un candelabro encendido. Se ha puesto una capa sobre los hombros y una capucha le cubre la cabeza. Avanza hacia el baúl y deposita el candelabro.

VALERIA

(recita el monólogo de Lady Macbeth en el Acto V. Se restriega furiosamente las manos) "¡Fuera mancha maldita!... ¡Fuera digo!... Una, dos, vaya, llegó el instante de ponerlo por obra... ¡El infierno es sombrío!... ¡Qué vergüenza, dueño mío, qué vergüenza! ¡Un soldado y tener miedo?... ¡Qué importa que llegue a saberse si nadie puede pedir cuenta a nuestro poder!... Pero ¡quién hubiera imaginado que había de tener aquel viejo tanta sangre!..." *(Se interrumpe. A Diego.)* ¿Qué pasa, querido? Yo aquí ofrendándole esta escena de *Macbeth* en prueba de mi gratitud y usted allí, indiferente, con ese aspecto tan patético... *(Se quita la capa, arrojándola sobre un sillón.)* ¡Ah, la maravillosa Lady Macbeth! *(Habla en dirección del baño.)* Siempre fue mi personaje favorito. Todo el mundo piensa tan mal de ella, pobre mujer... Pero comparada con alguna gente que he conocido, créame, era la Madre Teresa... Yo podría haber interpretado a Lady Macbeth, pero los críticos no me lo hubieran perdonado... *(Repara en el plato vacío de Diego.)* ¿Pero qué le pasa? No se me acobarde justo ahora. Vamos, un poco más de puchero... No puede dejar el puchero de Valeria Durand a mitad de camino... *(Hunde el cucharón en el puchero.)*

DIEGO

(se resiste) No, no, de veras. No puedo más.

VALERIA

(protesta) ¡Pero usted come como un canario! *(Le echa puchero en el plato.)*

DIEGO

(trata de apartarlo) No me siento muy bien...

VALERIA

¡Pobre ángel! ¡Qué poco sentido de la oportunidad!

DIEGO

Es esa horrible visión que no puedo quitarme de la cabeza... Empujar esas piernas rígidas para que entraran en el baúl, sostener su torso para que no se me cayera encima... ¡Tratar todo el tiempo de evitar encontrarme con la mirada de sus ojos muertos!

VALERIA

¡Pobre amor! ¡Lleno de visiones horripilantes! Pero todo eso ha pasado ya, mi querido. No tiene nada de qué arrepentirse. Sólo falta que vengan a llevarse el baúl y toda esta pesadilla habrá pasado. ¡No puedo decirle lo agradecida que estoy! *(Llena dos copas de champán.)* ¡Vamos, tómese una copa! Puede volcársela encima todo lo que quiera.

DIEGO

(*pálido*) Me duele mucho la cabeza...

VALERIA

Debe tener un hígado flojo. No se imagina las cosas que un hígado flojo puede provocar... Depresión, pensamientos sombríos, alucinaciones... Por suerte tengo unas gotas maravillosas en el botiquín...

DIEGO

(*rápido, espontáneo*) ¡No! Gracias, no hace falta...

VALERIA

Espero que, por lo menos, haya disfrutado lo poco que comió.

DIEGO

¡Claro! ¡Estaba buenísimo!

VALERIA

Es mi especialidad. Cuando hacía teatro, siempre preparaba un puchero para la noche del estreno. Era como un ritual. Venía todo el mundo, los actores, los técnicos, los electricistas, ¡Todo el mundo! ¡La gente lo adoraba!... (*Se sienta junto a él.*) Bueno, no se sienta tan culpable... De vez en cuando, algún exceso está permitido... ¡Si supiera los sacrificios que una hace cuando es actriz! Que no puede comer esto, que no puede comer aquello... ¡Es horrible! Lo único que importa en el mundo es no engordar... Todo lo demás está permitido: la traición, el adulterio, la perversión... Todo, menos engordar. ¿Por qué cree que hay tanta promiscuidad en el ambiente? Porque el sexo quema calorías... Por eso el día en que me retiré, dije: ¡basta! ¡Basta de dietas! ¡Basta de sacrificios! ¡Basta! Bueno, para qué voy a contarle... Aumenté como veinticinco kilos... Parecía una campana de iglesia... Nada me entraba... Pero me sentía feliz. Comía y comía sin remordimiento... Con el tiempo me calmé, por suerte. Como dice el dicho: "Volvió la cordura y se fue la gordura..."

DIEGO

(*aventurándose, enciende el grabador*) Cuénteme, ¿cuál es la verdadera historia? ¿Por qué se retiró?

VALERIA

(*advierte que Diego ha encendido el grabador, pero no dice nada*) ¡Hace tanto de eso, querido! Es la prehistoria... No es que lo haya olvidado. Como se imaginará, es muy difícil olvidarse de esas cosas... Pero no es nada fácil hablar de ellas, ¿me comprende? (*Pausa.*) La prensa se echó sobre mí como una manada de lobos. ¡Ah!, querido, créame, era como una epidemia... La ciudad estaba como apestada. Fue muy humillante, creamé. La gente murmuraba a mis espaldas...

DIEGO

¿Nosotros?

DIEGO

¿Qué decían?

VALERIA

¡Que no decían! ¡Hasta dijeron que me gustaban las mujeres!... ¡Fíjese qué ironía! Si todo eso hubiera ocurrido hoy, yo sería una heroína popular, como Madonna. Pero en ese entonces, ¡imagínese!, todo tenía que parecer muy moral, muy decente...

DIEGO

¿Y le gustaban?

VALERIA

¿Qué cosa?

DIEGO

Las mujeres...

Valeria lo mira fijamente. De pronto, se echa a reír.

DIEGO

¿Por qué se ríe?

VALERIA

(ríe) ¡Qué encanto! Tan igualitos todos ustedes, tan cortaditos por la misma tijera... Es maravilloso cómo le meten a una la preguntita, inocentemente, como un caramelo de cianuro... Yo aprendí la lección, querido... No me subestime.

DIEGO

No entiendo. ¿Usted quiere decirme que dejó todo y se metió a vivir como una monja por veinte años porque los diarios insinuaban que le gustaban las mujeres? ¿Por qué iban a querer destruirla?

VALERIA

Porque pensaban que me habían inventado, que yo era su propiedad. Y se sintieron traicionados.

DIEGO

¿Por qué? ¿Qué pasó?

VALERIA

Que quedé embarazada, eso pasó. Y todo el mundo entró en pánico. Estábamos en medio de la filmación de *Tango perdido*, la película más cara de la historia del cine nacional. Ferrucci estaba metido en deudas hasta el cuello, haciendo malabarismos para tranquilizar a los bancos y contentar a la censura... ¡Y Valeria Durand aparece de repente con un crío en la barriga!

DIEGO

¿Quién era el padre?

VALERIA

¿Qué tiene que ver el padre en todo esto?

DIEGO

Yo leí todas las notas que se escribieron sobre el escándalo. Ninguna habla del padre.

VALERIA

Era alguien. Un accidente. Un cuerpo sin rostro. Nadie.

DIEGO

(*insiste*) ¿Era Ferrucci?

VALERIA

(*se echa a reír*) ¿Qué diferencia hace?

DIEGO

Ferrucci estaba casado, ¿no?

VALERIA

Sí, estaba casado... Con esa mujer horrible que había sido su secretaria ... Tenían esos dos engendros espantosos con cuellos de sapo, que ella educaba a su imagen y semejanza. (*Despectiva.*) La verdad es que nunca dejó de ser su secretaria. Leía sus cartas, controlaba sus llamados...

DIEGO

Pero no pudo impedir que ustedes se vieran...

VALERIA

(*jactándose*) Querido, hay muy pocas fuerzas capaces de impedir que una mujer decidida haga su voluntad.

DIEGO

¿Y qué hizo Ferrucci? Quiero decir, cuando se enteró que estaba embarazada...

VALERIA

(*altanera*) Vino a rogarme que no lo arruinara.

DIEGO

Espere un momento... ¿Usted dice que Ferrucci vino específicamente a pedirle que se hiciera un aborto?

VALERIA

Por supuesto.

DIEGO

(*toma notas vertiginosamente*) Tenía miedo de que se supiese que él era el padre...

VALERIA

No.

DIEGO

(*se detiene, sorprendido*) ¿No?

VALERIA

A Armand le daba lo mismo que fuera de él o de los granaderos de San Martín...

DIEGO

No entiendo...

VALERIA

Eso podía arreglarlo, como arreglaba todo lo demás: tirando una coima aquí y otra allá. (*Enfática.*) ¡El tema no era la paternidad, el tema era el dinero! Yo era un producto, una propiedad! Igual que sus caballos de carrera...

DIEGO

Pero, entonces, ¿cuál era el problema?

VALERIA

¡Yo era el problema! ¡Yo no quería hacerme un aborto! Ya no tenía veinte años. Era mi última oportunidad... Además, estaba aterrorizada... Estaba cerca del quinto mes. Era muy peligroso. Todos los médicos los decían...

DIEGO

¿Y qué hizo?

VALERIA

Estaba muy confundida. Todo el mundo me presionaba. Venían los abogados, con sus portafolios hinchados de papeles, a mostrarme contratos que supuestamente había firmado y a amenazarme con juicios y toda clase de calamidades... Por otra parte, Armand me aseguró que se ocuparía de todo... Me prometió los mejores médicos, la mejor clínica... Me dijo que todo volvería a ser como antes, que aún tenía una gran carrera por delante...

DIEGO

Y la convenció...

VALERIA

Querido, en este negocio no se puede ser sentimental. Cuando una pasa los treinta se vuelve material perecedero... ¿Usted tiene idea del precio que he tenido que pagar por llegar donde llegué? ¿Usted cree que una llega a convertirse en Valeria Durand simplemente porque tiene talento, una linda cara y el mundo está lleno de gente generosa?

DIEGO

Bueno, ¿y qué pasó después?

VALERIA

Tuve los mejores médicos... Mi habitación en la clínica parecía el Ritz, llena de flores... Todavía me acuerdo la mañana en que me llevaron... Armand se excusó diciendo que tenía que viajar y mandó a su chofer... Viajábamos en su limosina, con las ventanas cerradas... La ciudad pasaba delante de mis ojos como una película muda... Cuando desperté de la anestesia fue como despertar en medio de una caída libre... Todo estaba en silencio... Sólo se escuchaba el rasgueo de los delantales almidonados de las enfermeras... Cuando apareció el médico le pregunté si todo había ido bien. No me contestó. Sonrió apenas y me apretó el brazo con la mano... *(Pausa.)* Al día siguiente me dijeron la verdad... Esos hijos de puta me limpiaron por dentro como si fueran a embalsamarme...

DIEGO
(horrorizado) ¿Por qué?

VALERIA
Los médicos juraban que había sido necesario, que habían habido complicaciones... Pero yo sé que no es así... Armand quería proteger su inversión... No quería más sorpresas... *(Pausa. Se vuelve.)* Sírvame otra copa... Tengo la garganta seca. Todas estas viejas historias me trastornan...

Diego le acerca una copa. Valeria bebe.

DIEGO
Pero la película fue un éxito...

VALERIA
Oh, sí, la película fue un éxito. El público deliraba... Yo era una diosa, una gloria nacional... El Presidente fue a verla y después me mandó flores... *(Pausa.)* Pero yo... yo estaba vacía... muerta... Me encerré por semanas... Lloré hasta que no me quedaron lágrimas... Vivía a puro trago durante el día y dormía de noche a fuerza de pastillas... Ni sé cuánto duró esa pesadilla... Los taxistas se sabían mi dirección de memoria... Cada noche Armand tenía que mandar a sus custodios a recorrer los bares hasta encontrarme... Y después tenía que pagarle a los periodistas para que no escribieran cosas sobre mí en los diarios...

Pausa larga. Bebe.

Un día llegó un periodista... Me había escrito una carta muy tierna, muy parecida a la suya, contándome cómo me admiraba, rogándome que lo recibiera... Pensé que era una oportunidad, una posibilidad de dejar el pasado atrás, de empezar de nuevo... ¡Estaba tan excitada, tan ansiosa! No se imagina cómo me preparé para esa interviú... No toqué una gota de alcohol durante una semana entera...

Pausa.

Era joven, divertido, seductor... Me hizo reír por primera vez en mucho tiempo... Abrimos una botella de champán... después otra... Empezó a

hacerme preguntas... Inocentes, al principio, como las tuyas... Debo haberle dicho cosas... Sé que lo hice... No sé exactamente qué... (*Amarga.*) La soledad a veces nos tiende esas trampas... A la mañana siguiente, cuando abrí el diario. Me quise morir. ¡Ese hijo de puta había usado el grabador como un cuchillo de carnicero!

DIEGO

Fue esa historia sobre el misterioso bebé?

VALERIA

(*violenta*) ¿Qué misterioso bebé? ¡No hubo ningún misterioso bebé!

DIEGO

Pero eso fue lo que él escribió. Que había tenido un bebé secretamente...

VALERIA

... ¡Y que lo había entregado! Sí, eso escribió. Pero nadie pudo probar nada. ¿Se da cuenta qué broma más absurda, más cruel? No hubo bebé... (*Los ojos se le llenan de lágrimas.*) Mi bebé... nunca nació... Mi pequeño bebé, pequeñito... nunca llegó a nacer... Me lo arrancaron del vientre cuando no era más que una pequeña ranita... un renacuajo...

Pausa.

Al día siguiente, yo era un cadáver público. Todas esas legiones de admiradores, todos esos enamorados, todas esas madres histéricas que hacían cola a la salida del teatro para rogarme que besara la cabeza deformada de sus bebés retardados, todos esos se evaporaron como el agua... Armand me descartó como quien descarta un zapato... No contestaba mis llamadas, no respondía a mis cartas... Me había prometido el papel protagónico en *La Dama de Castilla* y me tuve que enterar por los diarios que se lo había dado a otra actriz...

Pausa.

Las mujeres de las ligas de moralidad venían todas las tardes a golpear las tapas de los tachos de basura junto a mi verja. Todavía conservo ese sonido en mis oídos. ¡Gong, gong, gong! Todavía veo sus caras mirando fijamente a través de las rejas con una expresión que no era odio, ni indignación, sino algo mucho peor... resentimiento... Golpeando ¡gong, gong, gong! Gritando insultos... con voces que no eran humanas, sino graznidos... como esas gaviotas que aguardan el momento de lanzarse a picotear los restos de comida... ¡Gong, gong, gong! Así me castigaron, día tras día, durante un mes entero.

Pausa.

Pensé seriamente en matarme, le digo la verdad... Pero, ¿sabe qué me salvó? El odio. El odio me colmaba las venas como si me hubieran dado una

transfusión... Cada vez que flaqueaba, cada vez que me sentía a punto de caer, ahí estaba mi odio para levantarme...

Pausa.

Finalmente, los periodistas se cansaron y me dejaron en paz. Pero yo sabía que volverían... Siempre vuelven... El también. Un buen día, el hijo de puta me llamó, deshaciéndose en elogios y disculpas... Me dijo que quería escribir la continuación de la historia, me prometió que sería una nota mucho más positiva... Yo me mostré muy comprensiva, hasta lo invité a cenar...

DIEGO

¿Con qué propósito?

VALERIA

El odio es como un bebé hambriento... hay que alimentarlo regularmente... ¡Y el hijo de puta vino! ¿Puede creerlo? Llegó trayéndome flores... Rosas, igual que usted... ¡Hasta se puso a flirtear conmigo!... Ah, pero yo estuve encantadora. Me comporté con una gran dignidad... Le preparé mi plato especial...

Pausa.

DIEGO

(*con sospecha*) ¿Y?

VALERIA

Bueno, él quedó muy contento... El pobre hombre decía que quería encontrar la paz... (*Pausa.*) Y la encontró después de todo...

DIEGO

(*tímidamente*) ¿Murió?

VALERIA

(*señala el sillón opuesto*) Allí, en ese sillón...

DIEGO

(*incrédulo*) ¿Usted... lo envenenó?

VALERIA

Yo prefiero llamarlo un acto justicia ecológica. Unas pocas gotas de veneno para impedir una contaminación masiva.

DIEGO

¡Usted mató un periodista!

VALERIA

Bueno, no es peor que matar a un mecánico o a un asistente dental... Son todos gente, ¿sabe?

DIEGO

(agitado) ¿Qué hizo con él cuerpo?

VALERIA

La gente de Armand mandó se encargó de todo... Probablemente pensó que un escándalo lo perjudicaría... Incluso le pagó a un periodista para que escribiera que el tipo se había fugado una chica mas joven. Todo el mundo lo creyó. Después me instaló en Miami, este hotel. Todavía lo paga, ¿sabe? No me mire así, querido, me pone la piel de gallina.

Pausa.

DIEGO

¿No siente ningún remordimiento?

VALERIA

¿Remordimiento?

DIEGO

¡Usted mató a un periodista!

VALERIA

¡Pero si nadie se enteró! Créame, nada de eso salió en los diarios....

DIEGO

¿Eso es todo lo que tiene que decir? ¿Que no salió en los diarios!

VALERIA

Querido, lo único que importa es lo que sale en los diarios... Usted debería saberlo mejor que nadie.

Repentinamente, Diego se siente nauseabundo.

VALERIA

¿Le pasa algo?

DIEGO

(alarmado) ¡El puchero!... ¿Qué puso en el puchero?

VALERIA

Lo siento, no puedo decírselo... Es una receta secreta... (*Cae en la cuenta de lo que Diego está pensando.*) Esperesé... ¿Usted piensa que yo...? (*Se echa a reír.*) ¿No pensará que voy a arruinar mi puchero con un veneno barato, no? Debe ser su hígado, querido. Ya se lo dije. Déjeme traerle las gotas...

Vuelve con un frasquito y un vaso de agua.

Aquí tiene. Tome...

Diego bebe.

Se ve terrible, querido. Debería cuidarse un poco...

Diego se pone de pie.

¿Se siente mejor?

DIEGO
Sí.

VALERIA
¿Vio? ¿No le dije?

Diego comienza a recoger sus cosas.

VALERIA
¿Qué hace? ¿Se va?

DIEGO
La entrevista se acabó. Ya tengo mi historia... Ahora tengo que irme.

VALERIA
Espere un momento... ¡Todo era off-the-record!

DIEGO
¿Off-the-record? ¡Usted no puede matar gente off-the-record!

Diego va hacia la puerta.

VALERIA
(*señala el baúl*) ¿Y qué hay con él? Tiene que llevárselo...

DIEGO
Llame al conserje. Le mandarán un botones. Ellos se ocuparán de todo.

Valeria correr a la puerta. La bloquea.

VALERIA
(*amenazante*) ¡No, mi querido, usted no puede irse así como así! ¡Los dos estamos en esto! ¡Somos socios!

DIEGO
¿Socios? No, no somos socios.

VALERIA
¿Quién lo metió ahí, en el baúl, eh?... ¿Quién lo puso ahí? Se lo advierto: si me deja caer, se caerá conmigo... Lo procesarán por destrucción de evidencia o como carajo se llame... No crea que lo van a dejar salirse de ésta tan fácil...

DIEGO
¡Usted está loca!...

VALERIA
La locura es un estado pasional, querido. Sin un poco de locura, la vida se convierte en un acto vulgar... Pero no estoy tan loca como para no darme cuenta de lo que está tratando de hacer... Quiere lavarse las manos... Pero el muerto sigue ahí. ¡No se ha ido! ¡Y usted lo puso ahí!

DIEGO
¿El muerto?... ¿Quiere ver al muerto? ¡Mírelo!

Diego abre el baúl violentamente. El interior queda expuesto al público. Está lleno de ropa arrugada. Valeria, desconcertada, comienza a buscar el cadáver arrojando la ropa afuera, hasta que el baúl queda vacío.

VALERIA
(furiosa) ¿Dónde está el maldito fiambre? ¿Dónde lo puso?

Silencio de Diego. Valeria corre hacia el dormitorio. Vuelve.

¿Qué hizo con el fiambre? (Feroz.) ¡No juegue conmigo, hijo de puta! ¡Se lo advierto! ¡No juegue conmigo! ¿Dónde mierda puso el maldito cuerpo?

DIEGO
(frío) No hay ningún maldito cuerpo... Nunca lo hubo... (Pausa.) Yo lo inventé...

VALERIA
¿Por qué?

DIEGO
Usted estaba dispuesta a creerlo... y yo necesitaba esa nota.

VALERIA
(dolorida) ¡Me engañó! ¡También usted!

DIEGO
Usted no quería hablar... Usted no habla, y yo no cobro... Quiero decir, toda esa rutina de diva está muy bien para el color, pero yo necesitaba una historia en serio... Así que hice un poco de teatro... ¿Y qué? No voy a pretender que soy un santo. Tengo que pagar mis cuentas. Los santos no pagan cuentas. ¿Usted piensa que soy injusto, un miserable? ¿Usted piensa que la prensa la ha destruido? Déjeme decirle algo, señora: ¿Quién carajo se cree que le consiguió las limosinas, las flores y los condes que le besaban el culo? ¡Boludos como yo! Nosotros la seguimos por todas partes, escribimos sobre usted, pusimos su foto en la primera plana... Yo no tuve nada de eso... A mi nadie me dio "La gran oportunidad"... Pero escúcheme bien: esta es mi oportunidad... Tengo una gran nota... ¡y la voy a publicar!

VALERIA

¿Y qué va a pasar conmigo?

DIEGO

Yo no me preocuparía... Nadie va molestarla... Veinte años es mucho tiempo hasta para crímenes como el suyo... Pero hay un tipo ahí afuera... Hoy quiere ser gobernador; mañana querrá ser presidente... Se llena la boca hablando de valores y de moral familiar, pero no da una mierda por los valores y la moral familiar. Hace lo que hace usted: un acto de ilusión... Pero, ¿sabe una cosa? En un par de días, cuando salga mi nota, el tipo va a tener que salir a dar explicaciones. ¡Mire qué notón! Tiene todo: misterio, corrupción. drama, conflicto y gente famosa haciendo porquerías. ¡A la gente le encanta!

Diego se dispone a salir. Silencio. Súbitamente, Valeria se larga a reír. Diego se detiene casi a la altura de la puerta.

VALERIA

(*todavía riendo*) ¿De veras cree que me engañó?

DIEGO

¿Cómo?

VALERIA

¿De veras piensa que por un momento creí esa historia ridícula de que había una muerto ahí dentro? (*Lo imita.*) La boca abierta, los ojos vidriosos... ¡empapado en sangre!

DIEGO

Sí, creo que se la creyó.

VALERIA

¡Vamos, querido! ¿Por quién me toma? (*Comienza a actuar como en la escena anterior.*) “Lo encontré en el parque... A veces salgo a caminar por el parque... Me gusta sentir el perfume de las flores y de las plantas, especialmente en esta época, cuando todavía no hace mucho calor... El me reconoció y se acercó a hablarme... Parecía gentil y cálido... O tal vez pensé que lo era, porque a veces la necesidad de compañía, de afecto humano, nos sofoca... Lo invité a subir, a tomar el té..., créame, sin otra expectativa que la de pasar una tarde amable conversando con un hombre joven... El, por lo visto, entendió mal mis intenciones...” ¿No se acuerda?

DIEGO

(*apabullado*) La escena de la confesión... en *Orquídeas de sangre*... ¡Qué boludo! ¿Cómo se me pudo escapar? (*Pausa.*) Pero, entonces... ¿Por qué me siguió el juego?

VALERIA

¡Soy una actriz, querido! Me gusta jugar... Yo actúo para trascender la realidad, para revelar la esencia del alma humana... Pero, usted... Usted no hace otra cosa que escarbar en la basura, como los cirujas... (*Va hacia él,*

seductora.) Bueno... no sea mal perdedor... (Se aproxima a él, lo mira a los ojos.) A lo mejor ahora podemos tomar una copa de champán sin derramarla... (Va en busca de la botella de champán. Sirve dos copas.) Por la vieja pasión... Por ese adolescente que se escapaba al cine para soñar, que un día se enamoró de una imagen de película... ... ¡Salud!

DIEGO
(*resignado*) ¡Salud!

Valeria pone un disco en el tocadiscos. Es la música de Tango perdido,.

VALERIA
Venga, bailemos. ¿No dijo que le encantaban los finales felices?

Una densa niebla comienza a cubrir la escena. Se escuchan lejanas sirenas de barcos.

VALERIA
(*Interpreta a Mariana Deveraux*) "Oh, mi amor, sólo en tus brazos me siento segura... No dejes que te pierda otra vez. "

Bailando, llegan a la puerta del dormitorio. Valeria lo empuja al interior. De pronto, sin transición se escucha un disparo. La música se interrumpe. Valeria reaparece, con un pequeño revólver en la mano.

VALERIA
(*a sí misma*) Hay un cadáver en el dormitorio.

Se apagan las luces

Mario Diamant
Correo electrónico: diamentm@gmail.com

Edición a cargo de Virginia Curet. Correo electrónico: vincuret@gmail.com
Todos los derechos reservados
Buenos Aires. (2018)

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar